

Hace cinco años

Adolfo Gonzalez Portillo

Image not found.

Capítulo 1

Hace cinco años que Darío no veía a Sara, pero seguía sintiendo lo mismo que cuando ella lo abandonó: Amor. Cinco largos y crudos años, llenos de malas experiencias y personas equivocadas, repletos de decisiones apresuradas y amores pasajeros, abundantes en nostalgia y soledad. “Conocí a otra persona, ¿y qué te importa?”, fueron las últimas palabras que escuchó de ella, frías e indiferentes; una frase tan poderosa, fuerte y transparente, así como el amor de Darío, cultivado en doce años de relación. Nunca más volvió a saber de ella, jamás trató de contactarla. Simplemente no hizo nada y se sumió en su dolor.

No hay peor sentimiento en la vida que sentirse reemplazado, bien lo aprendió Darío. A veces, en el amor eres sólo una pieza del engranaje completo, sí te descompones basta otra en mejores condiciones para que el sistema vuelva a andar y convertido en un desecho es difícil esquivar el basurero. Aunque en algunas ocasiones la calidad de los repuestos puede variar pues, por muy parecidos o mejores, nada garantiza que todo vuelva a fallar. Tarde se enteró Sara. Después de algunos meses de pasión rebelde y desbordante, la rutina terminó por llegar y con eso la verdadera personalidad de la nueva pareja de Sara. Celoso y manipulador, amputó de alas y libertad a una mujer acostumbrada a la independencia y al respeto de espacios. Tuvo que dejar los estudios de lado, cambiar la forma de vestir y asesinar su vida social. Mas no siendo esto demasiado, la violencia pasiva mutó en agresión física. Dos paredes fueron cerrándose: por un lado la soledad y por otro el miedo. Pasaron los años y, con Sara en medio, las paredes la terminaron por aplastar.

El último fracaso amoroso de Darío, hicieron que tomara la decisión: iría a buscar a quien realmente amaba. A Sara. “Si, a ella, a quién más que a ella”, repetía en su cabeza. Ya le había tratado de odiar y borrar su recuerdo, pero era imposible. La extrañó al verla hacer las maletas y la perdonó al segundo siguiente que cerró la puerta. Iría en su búsqueda, y aunque no sabía de su paradero o dónde preguntar, sabía que iba a encontrarla.

La última golpiza que recibió Sara, hicieron que tomara la decisión: ese mismo día terminaría con su vida. “No soy nada, no valgo nada”; repetía dentro de sí. Tirada en el suelo, con un ojo morado y el sabor de la sangre seca en los labios, sentía en forma similar a una hormiga solitaria: pequeña e insignificante. Era temprano, su pareja no llegaría hasta la noche. A la hora del almuerzo tendría una cita con el frasco de pastillas que estaba en el botiquín y el vodka que guardaba en la cocina.

Después de mil llamadas telefónicas, cientos de insultos, decenas de consejos y un par de favores por hacer, Darío con siguió una historia y una dirección. La historia: una pareja a la cual los familiares y amigos cada vez veían menos y que, comentaban algunos, no era feliz. Rumores de celos y peleas, pero nada muy claro. Nadie, de los que pudo ubicar, había tenido contacto con ella últimamente. Mas a él no le importaba, iría en busca de Sara, aún cuando ésta no lo quisiese así. La dirección: un departamento al otro lado de la ciudad. Era temprano y no tenía nada que hacer. Analizando la distancia y los tiempos de conducción, para la hora de almuerzo tendría una cita con el destino ó con la desilusión.

Sara pasó las horas como en un día normal. Tendió la cama y ordenó la ropa tirada en el suelo, fue de compras al supermercado y puso la mesa; pero en esta última, en vez de comida el plato fuerte serían veinte pastillas. Para beber, ó mejor dicho para tragar, un vaso y la botella abierta de vodka. Cerró todas las cortinas, puso llave a la puerta y tomó asiento junto a la tétrica merienda. Echó un vistazo al reloj de la pared y cerró los ojos. Ya no había vuelta atrás.

Mientras buscaba el valor y las palabras perfectas que decir, Darío se dio un baño con agua caliente hirviendo, que era como le gustaba hacerlo. Una aventura fue encontrar la ropa ideal, pero así tuvo un poco más de tiempo para pensar. "Dos palabras... Te amo", sería la frase que diría cuando la viera. Los nervios empezaron a apoderarse de él. Salió corriendo de la casa y subió a su auto que, como en las películas, costo unos largos segundos a que encendiera, mas cuando estaba a punto de desistir, partió raudo y eficiente. El camino se abrió paso. Ya no había vuelta atrás.

Cada pastilla era menos seca, cada sorbo era menos amargo y cada minuto que pasaba, era menos vida. Sara lloró, en silencio y reflexiva. Pensó en los años de sufrimiento, en todos los malos momentos, en ese aniversario que paso en el hospital, en los falsos "te quiero", en la familia olvidada y en alguien que jamás pudo borrar de su memoria. En Darío. Noches de insomnio vinieron a la mente, imaginando la perfecta vida que podría haber vivido con él. En lo diferente y bueno de su trato, en las primeras citas románticas, en todo lo que significó para ella. Cuan arrepentida estaba por haberlo dejado, pero por miedo aceptó su castigo y nunca trató de contactarlo. Los recuerdos se hacían cada vez más borrosos. El mareo apareció y con ello, la desesperación.

Después de varios tacos, luces rojas ignoradas y taxistas enfurecidos, Darío llegó a la dirección apuntada. El corazón latía a mil y tardó unos segundos en salir del coche. Se paró frente al edificio en

que, supuestamente, vivía Sara; volvió a ver el número del departamento y caminó, pero cada paso era más pesado que el anterior y las fuerzas iniciales fueron decayendo. Sintió un leve dolor de estómago y después de muchos minutos más de los que debía demorarse, llegó hasta la puerta apartamento. Y ahí quedó, inmóvil.

La conciencia de Sara disminuía a medida que las pastillas desaparecían. Ya no era dueña de sus movimientos, menos de lo que sentía. Rabia y arrepentimiento la invadieron, la idea de morir comenzó a asustarle y dudó. Como pudo levantó el cuerpo de la silla, pero de un golpe volvió a caer en ella. Lo intentó por segunda vez y pudo estabilizarse. Su vista perdió claridad y eso le aterró; perdió el equilibrio y cayó de cabeza en el suelo. Con lo último que le quedaba de energía, arrastró su cuerpo por la cocina hacia la puerta principal. Fue un peregrinar lento y penoso, hasta que la fuerza le abandonó y, con lo poco de visión que aún tenía, alzó la cabeza en dirección a la salida.

Darío pensaba y volvía a pensar. Pasaba cientos de situaciones por la mente. No tenía el valor para llamar a la puerta. "¿Y si sale ese desgraciado?", cuestionó en su interior. Empezó a dudar y el miedo le invadió. Quería arrancar y olvidarse para siempre del asunto, hasta hizo una finta de voltear, pero se dijo a sí mismo "Amas a esta mujer. Esto lo debes resolver hoy ó mañana, pero ya no puedes seguir huyendo. Tienes que arriesgarte".

Sara estaba en tinieblas, respirando dificultosamente, ahogada en sus propias lágrimas. Ya no podía mover ni un solo dedo y permanecía en el suelo a dos pasos de la puerta. Mas mantuvo fijo un solo pensamiento: Darío. "Fuiste lo mejor de mi vida", pensó. "Te pido perdón por todo lo que te hice...". Aunque no tenía fuerzas para vocalizar, lanzó un grito desgarrador entonando un nombre: "¡¡Darío!!".

Justo en el momento que alzaba la mano para tocar el timbre, el atado de nervios y dudas en que se había convertido Darío, escuchó algo. Su nombre. Volteó y vio a Rebeca, la mejor amiga de Sara, quien caminaba en dirección a la puerta. Tenía la cara pálida y los ojos llorosos. "Darío, ¿qué haces aquí?", preguntó la mujer, ante el asombro del interrogado. Este no supo que contestar y balbució algunas sílabas, las que con dificultad reunió en una frase. "Vengo a ver a Sara", dijo finalmente con determinación. La mujer lo contempló con compasión un breve instante, agachó la mirada y luego volvió a verlo directo a los ojos, sin ocultar algunas lágrimas que brotaron en forma instantánea. "Darío, Sara falleció... Vengo del hospital, estaba con su familia. Ayer se quitó la vida.

Tomó unas pastillas...”, Rebeca no pudo continuar.

Darío quedó perplejo, sin palabras, sin sentimientos, vacío. Inmóvil, mirando al horizonte. Buscando una salida a la pesadilla; aceptando y negando, sufriendo y muriendo por dentro. Todo a su alrededor desapareció. Sólo permaneció su dolor... Hace cinco años que Darío no veía a Sara y tomó la decisión de volver a ella, pero con desfase de un día y la muerte de por medio. Aunque el tiempo siguió pasando y los años fueron menos pesados, él jamás dejó de amarla. Prefirió vivir sólo. Y así lo hizo.